

## I

La noche es el único territorio donde pueden cobijarse los deseos más audaces del hombre. Está dotada de una naturaleza líquida cuyos bordes le permiten disolver las fronteras de todos los seres. La noche deshumaniza el paisaje, desmascara al universo, es capaz de despertar el espíritu creador, a veces, cegado por la luz. Por eso, tal vez, Antonio la ha elegido para poder llevar a cabo sus planes.

Está con las luces apagadas. El diminuto piloto rojo de la televisión brilla como si un puntero láser enfocara ese orificio. Hace tiempo —treinta kilómetros atrás— que desconectó el móvil. La lealtad de su amigo le ayuda en este momento. Solo se perciben sombras desde este lado: el contorno de un pequeño sofá, el panel de una estantería, cuadros como manchas opacas sobre la pared, el respaldo de una silla acoplada a una mesa.

De pie, junto a la ventana, con las cortinas echadas, permanece inmóvil. Como una escultura que se alarga desde el suelo. Un extremo de la camisa le cuelga sobre el pantalón, parece no tener brazos: tal vez se apoyan contra el cristal o permanecen cruzados con fuerza sobre su pecho. Es una silueta delgada, pero compacta. Deberíamos observar con atención las

siluetas de las personas antes de verlas iluminadas. Con la luz se entra directamente en los detalles y nos perdemos la visión de la globalidad.

Desde su posición puede ver el movimiento de la calle. La luz de las farolas parece purificarse según avanza la noche. El movimiento de vehículos se va congelando a medida que el frío y la oscuridad se hacen más densos. Solo un par de aparcamientos están libres. Junto al más alejado, a pocos metros de la esquina, se encuentra el coche que le sacará de esta miserable comunidad donde pululan miles de policías y guardias de todas las clases. El número de policías en una ciudad es inversamente proporcional al grado de felicidad de sus ciudadanos. Y están ahí, también, los guardianes de la moral, conectados directamente con los otros, formando una amalgama que envenena las raíces de la libertad. Esos son los que intentarán llevar a Antonio Ayllón a la cárcel.

La cabeza de Ayllón construye con frialdad las vías de escape. Tiene por delante unas horas, no muchas. Circular por una carretera sin cometer infracciones, conducir un coche—que no es el suyo— con la documentación en regla y bastante dinero en efectivo en el bolsillo, le dan una ventaja que está dispuesto a aprovechar. Permanecer de pie, impassible, le permite ir elaborando el plan de fuga. Todavía no se ha sustanciado una acusación contra él. Hay un fin de semana por delante. El lunes no se presentará al trabajo porque se encontrará a cientos de kilómetros de distancia. Se perderá las caras de sus compañeros y los comentarios de algún directivo.

No resistimos una figura inmóvil frente a nosotros. Inmediatamente empezamos a hacer conjeturas. La serenidad de la quietud nos desarbola cuando es un ser vivo quien la acomete. Las imágenes de cazadores silenciosos o de víctimas astutas recorren nuestras mentes. Los reptiles y los insectos son la encarnación de la línea fría que separa la vida del

eterno silencio. El tiempo transcurre sin fluidez, pesada rueda que hay que empujar de vez en cuando para no detener su avance.

Como si una descarga sacudiera su cerebro recogió velozmente una mochila y la gran bolsa de viaje que se apoyaban en la pared, junto a la puerta de salida. En el rellano se movió con parsimonia, silenciosamente. Bajó las escaleras hasta el portal; solo eran dos pisos y no deseaba utilizar el ascensor. Los ascensores siempre son indiscretos. Con la delicadeza de quien deposita una carta valiosa introdujo por la ranura del buzón del amigo las llaves de la casa. Salió afuera. Se detuvo un instante en la acera, sin separarse de la pared, hasta que el embudo de luz de una moto atolondrada desapareció al final de la calle. Sintió en la cara los picotazos del frío mientras se acercaba al coche. No utilizó el mando de apertura automática, sino que giró manualmente la llave sobre la cerradura de la puerta.

Se acomodó en el asiento, alejó la banqueta, se ajustó el cinturón y colocó con cierta parsimonia los espejos. Arrancó con precisión y salió con suavidad del aparcamiento. El coche era de gasolina, silencioso y plateado. En la rotonda en la que desembocó tomó la dirección de la autovía del noroeste. La temperatura del exterior era de dos grados. Esta noche —pensó— caería una contundente helada en todo el centro de la península. Empezó a recorrer kilómetros y a liberar su mente.

Las líneas blancas que sus ojos devoraban purificaban a su paso los túneles gelatinosos de su cerebro. Sonaba en la radio *Seeds of love*, de Loreena Mackennitt. Esa música colocó una bufanda de melancolía en su cuello y, mientras sonó, el brillo de sus ojos fue más líquido. No tomó el primer desvío que le introduciría directamente en la autovía; prefirió hacerlo unos kilómetros más adelante y seguir en esta silenciosa

y oscura carretera secundaria. El cielo estaba encapotado, las nubes proyectaban una extraña claridad a la noche. Avanzaba hacia la sierra y, sin embargo, la temperatura exterior no disminuía. No helaría; el cielo estaba poblado de nubes negras como una gigantesca boina.

Era consciente de la importancia de que las siete horas que le separaban del amanecer acumularan muchos kilómetros. Había decidido pasar a Portugal atravesando la provincia de Salamanca. Era una frontera poco frecuentada en épocas no vacacionales. Su cabeza se convertía, por momentos, en un camión basculando imágenes de grava resbalando sobre la calzada. Un ruido acompañaba ese vertido que arañaba su mente. No podía ordenar aún los acontecimientos. Huir, deslizarse en la huida, no despertar miradas curiosas... Toda la presión interna debería ser liberada sin burbujas. Ahí estaba la señal que indicaba la autopista A-6. Sintió que algunos kilómetros habían sido devorados con rapidez, como si las líneas del centro de la calzada fueran veloces resplandores. Su cabeza, en esos breves instantes, se paralizaba, incapaz de resistir la velocidad extrema de las ideas.

Apagó la radio. Solo el rumor de la rodadura, la vibración del motor y el remolino de aire eran perceptibles. Este monótono y sombrío ruido le permitía concentrarse. Habían quedado atrás unos kilómetros de farolas, pero la oscuridad había echado otra vez su manta. Pocos vehículos circulaban a esta hora; algunos le adelantaban con rapidez y, otros, casi siempre camiones, aparecían como una cadena de pilotos rojos que debería desbordar.

Entró en el túnel con disgusto. El exceso de luz le hacía sentirse vulnerable. Levantó el pie del acelerador. La velocidad controlada por el radar era un muro que no iba a saltar. Una foto del vehículo en estos momentos hubiera sido una torpeza imperdonable. La ligera curva del trazado y el aumento

del ruido intensificaron su concentración. En tres horas debería abandonar el coche y seguir su camino en transporte público. A las ocho de la mañana cruzaría la frontera en autobús. Tenía nueve horas por delante para recorrer unos cientos de kilómetros. Podría permitirse el lujo de no enfrentarse al tiempo. Esa batalla siempre acaba con rasguños en la piel.

Al final se percibía ya la negrura como una espesa mancha. La luz del túnel daba paso a la oscuridad. No había recorrido un kilómetro cuando notó sobre el parabrisas el impacto de unos delgados copos de nieve.

Sintió un latigazo interior más gélido que la nieve que aparecía desprendiéndose desde el cielo. Esto podía trastocar sus planes de huida. Disminuyó la velocidad. La aguja se situaba entre noventa y cien en el cuadro iluminado del velocímetro. Tardó unos instantes en decidirse. Lo más prudente parecía seguir avanzando por la autopista. En estas vías se corren menos riesgos. No había previsto esta nueva coyuntura. Su mente había estado alejada de la información meteorológica. Otros elementos le obsesionaban. Cuando la estabilidad de un individuo se ve amenazada pasan a la cuneta de la vida todos los acontecimientos que, en otras circunstancias, pueden parecer vitales. Ya no importan la meteorología ni las guerras.

Cruzó con suavidad un peaje que solo era utilizado por los vehículos del sentido contrario. Las farolas desaparecieron nuevamente y también algunas indicaciones luminosas que hacían referencia a la precaución. Tal vez, al irse deslizando hacia el norte por las ondulaciones de la meseta, disminuiría la nieve. A veces solo cae en las montañas, aunque en numerosas ocasiones el frente trae una densidad tan alta, que todo el centro peninsular se convierte en un paisaje cercano al de los países fríos del norte de Europa. Ayllón conectó la radio. En pocos minutos emitirían un boletín informativo.